Revista Espacio ECP, 2022, Vol. 3, N°1, 62-76
ISSN: 2452-5383 (en línea)

CARL ROGERS Y JESÚS: LA ASOCIACIÓN ENTRE LAS TRES ACTITUDES ROGERIANAS BÁSICAS Y LA ÉTICA DEL ARTESANO DE NAZARET

CARL ROGERS AND JESUS: THE LINK BETWEEN THE THREE ROGERIAN BASIC ATTITUDES AND THE ETHICS OF THE CRAFTSMAN OF NAZARETH

Martin Payba Adet[1]
Espacio ECP Núcleo de Estudios y Formación en Psicología Humanista
General Roca, Argentina

RESUMEN

En este artículo reflexionaremos sobre la asociación entre las actitudes rogerianas básicas y algunos aspectos centrales de la ética de Jesús de Nazaret. En primer lugar, se correlacionará el concepto de aceptación positiva incondicional con la idea de amor ágape cristiano. Luego, analizaremos la relación entre la empatía rogeriana y el concepto de compasión en los Evangelios. Por último, abordaremos algunos puntos de contacto entre el concepto de congruencia en Rogers y la autenticidad de Jesús. Se hará una revisión de la obra central de Rogers por conveniencia y de los cuatro evangelios del registro bíblico. A la luz de lo expuesto, se concluye que hay puntos de conexión importantes, por lo que queda abierta la posibilidad a investigaciones más exhaustivas.

Palabras claves: Jesús, Carl Rogers, enfoque centrado en la persona, aceptación positiva incondicional, congruencia, empatía

ABSTRACT

In the present article we discuss the link between rogerian basic attitudes and some

[1] martinpayba@hotmail.com

main aspects of the ethics of Jesus of Nazareth. First, we analyze the concept of unconditional positive regard and the idea of christian agape. We will also focus on the relationship between rogerian empathy and the concept of compassion in the Gospels; lastly, we will go through some points of contact between the rogerian concept of congruence and Jesus' authenticity. A review of the four gospels is made, and the main works of Carl Rogers is made by convenience. As a conclusion, we found that there are important points of connection, and it opens the chance for more in-depth research.

Keywords: Jesús, Carl Rogers, person-centered approach, unconditional positive acceptance, congruence, empathy

INTRODUCCIÓN

¿Qué tienen en común la práctica de un psicólogo humanista estadounidense del siglo XX con el mensaje de un predicador itinerante de los márgenes de la Galilea del primer siglo? ¿Es posible encontrar una relación entre las propuestas de Carl Rogers y el mensaje ético de Jesús de Nazaret, más aún a sabiendas que el primero rechazó abiertamente la fe y las doctrinas que se edificaron en torno al segundo? Anticipo mi respuesta: es razonablemente posible. Pero ante esto no podemos engañarnos: hay veinte siglos entre las palabras de Jesús y el pensamiento moderno y occidental de Carl Rogers, por lo que una armonía directa, precisa y totalmente consistente sería prácticamente imposible. Sin embargo, los puntos de conexión resultan innegables, sobre todo en torno a las actitudes rogerianas básicas: la aceptación positiva incondicional, la empatía y la congruencia (Rogers, 1967). A continuación, veremos su articulación con tres aspectos centrales del accionar del Jesús: el amor ágape, la compasión y la autenticidad.

Carl Rogers nació en Oak Park, Illinois, en los Estados Unidos, a comienzos del siglo XX. Luego de una decepcionante experiencia con la fe cristiana, dejó sus estudios teológicos y volcó su interés en el área de la psicología. Desde ese lugar, desarrolló e investigó durante treinta años un abordaje psicoterapéutico no directivo y una sólida teoría de la personalidad: el Enfoque Centrado en la Persona (ECP).

Este modelo de intervención humanista sostiene que bajo ciertas condiciones los seres humanos somos capaces de desarrollar nuestras potencialidades para afrontar la vida de modo constructivo (Rogers & Kinget, 1962). Para Rogers (1967), las condiciones necesarias y suficientes para el cambio de la personalidad se apoyan básicamente en tres actitudes: aceptación positiva incondicional, empatía y congruencia. Esta triada representa la base ética y actitudinal sobre la cual se apoya toda intervención dentro de la corriente del Enfoque Centrado en la Persona. En la actualidad, esta perspectiva se encuentra en continuo desarrollo y su influencia se ha extendido al ámbito educativo, político, institucional y religioso.

Jesús de Nazaret fue un artesano y predicador judío del siglo I en la región de Galilea. Su mensaje y su obra giran en torno a la llegada inminente de un modo de existencia muy particular: el Reino de Dios (Mateo 3:2). Este reino —metáfora que fácilmente puede interpretarse como un estilo de vida— se fundamenta en el amor a Dios y al prójimo (Mateo 22:34-40), en el trato compasivo hacia toda persona humana (Lucas 6:36) y en un fuerte énfasis en la justicia social (Mateo 23:1-7). A través de su prédica, Jesús anuncia la "buena noticia" —el evangelio— de que Dios ama a todo ser humano por igual, de que las personas son igualmente dignas de amor y respeto sin distinción alguna de raza, sexo, religión o condición social (Mateo 5:45). Asimismo, ubica al mandato del amor por encima de la ley y los preceptos religiosos (Juan 13:34). Su radicalidad e irreverencia frente a lo establecido, su acercamiento a los excluidos y su relación flexible y abierta ante la ley, resultan intolerables para la cúpula religiosa de su tiempo por lo que es condenado a muerte por crucifixión. Los discípulos y discípulas de Jesús aseguran que volvió de la muerte, que es la encarnación misma de Dios y por causa de su proyecto —el Reino de Dios— se convierten rápidamente en mártires. A pesar de que a lo largo de la historia gran parte del aparato religioso institucional ha utilizado el nombre de Jesús para lograr fines muy distintos a los que él mismo perseguía, su mensaje continúa vigente y sigue impactando constructivamente la vida de muchos hombres y mujeres alrededor del mundo.

Este artículo surge principalmente de una revisión de textos centrales de Carl Rogers por conveniencia. Con el propósito de dar con sus definiciones en torno a las actitudes básicas antes mencionadas, se trabajó sobre los siguientes textos: *Psicoterapia y relaciones humanas* (Rogers & Kinget, 1962), *Persona a persona* (Rogers & Stevens, 1967) y *El proceso de convertirse en persona* (Rogers, 1961). Se realizó también una revisión del texto bíblico, haciendo foco principalmente sobre los evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan por ser las fuentes bíblicas principales que narran la actividad pública de Jesús de Nazaret. No se analizaron los evangelios deuterocanónicos, ya que son fuentes extrabíblicas y su validez doctrinal es controversial. Se utilizaron distintas traducciones bíblicas que fueron pertinentemente señaladas. De los textos de Carl Rogers, se tomaron principalmente los fragmentos en donde se hacen definiciones explicitas de los elementos en consideración para los fines de este artículo. Se hizo foco en los aspectos centrales de la ética de Jesús explicitada en los cuatro evangelios. Se presentaron ambas posiciones; luego se las comparó y se establecieron diferencias y similitudes. En el cierre, se realizó una conclusión.

El propósito de este artículo es triple. Por un lado, con el convencimiento de que el modelo del ECP calza adecuadamente con la lógica de poder y la propuesta ética de Jesús, este articulo tiene la intención de acercar las ideas de Carl Rogers a quienes desempeñan un rol de acompañamiento pastoral en el ámbito de las comunidades cristianas. Al mismo tiempo, tengo el deseo de que el fruto de las investigaciones de Rogers en el área de la psicología humana, entre en dialogo con la teología cristiana actual y que sea capaz de abonar a una mirada positiva del ser humano que tan poco desarrollo tiene —penosamente— en el ámbito de la fe cristiana, en donde prevalece una mirada de desconfianza básica hacia el ser humano. Por último, tengo la intención de acercar el mensaje de Jesús y su potencial liberador y constructivo a quienes se desempeñan como terapeutas dentro del ECP.

LA ACEPTACIÓN POSITIVA INCONDICIONAL Y EL AMOR ÁGAPE

Comenzaremos considerando de que hablamos cuando nos referimos a la aceptación positiva incondicional en la teoría rogeriana. En principio, se trata de una actitud y no de una técnica. Consta de una posición frente a otra persona en la que, de forma consistente, se la invita a ser lo que es en ese momento; a que piense libremente lo que piensa; a sentir lo que siente, mientras el terapeuta respeta y valora cada una de esas vivencias. En palabras de Rogers (2010), se trata de:

> Una actitud de aceptación cálida y positiva, hacia lo que existe en el cliente. Esto supone, por parte del terapeuta, el deseo genuino de que el cliente sea cualquier sentimiento que surja en él en ese momento: temor, confusión, dolor, orgullo, enojo, odio, amor, coraje o pánico. (p. 65).

Al mismo tiempo, cabe señalar que no debe confundirse a esta actitud de aceptación con una de aprobación. Como señala Marian Kinget (1967), colaboradora de Rogers, "tal actitud [de aprobación] sería incompatible con los principios de este enfoque. Cualquiera que sea su objeto, positivo o negativo, la aprobación es una forma de juicio y de valoración". (p. 159). Por último, cabe resaltar que esta aceptación hace foco sobre lo que habita en el mundo interno de la persona, por lo que no necesariamente estaríamos forzados a aceptar que la persona nos haga algo a nosotros si va en contra de nuestros deseos o vulnera de algún modo nuestra integridad.

Ahora, ¿cómo se articula la aceptación positiva incondicional con la ética de Jesús? Desde mi punto de vista, y en consonancia con gran parte de la tradición, el eje del accionar cristiano es simple de sintetizar: el mensaje ético de Jesús tiene su centro en el amor. No hace falta hacer una exploración bíblica muy exhaustiva para arribar a semejante conclusión. Los escritores de los relatos evangélicos recogieron las palabras de Jesús que logran apuntalar muy bien este supuesto: "Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente". Este es el primer mandamiento y el más importante. Hay un segundo mandamiento que es igualmente importante: "Ama a tu prójimo como a ti mismo". *Toda la ley y las exigencias de los profetas se basan en estos dos mandamientos.* (Mateo 22:37-40 Nueva Traducción Viviente. La itálica es del autor).

San Pablo, personaje clave en los comienzos de la fe cristiana, supo también comprender esa centralidad del amor. En el registro bíblico el apóstol lo expresó así:

> Si no tengo amor, de nada me sirve hablar todos los idiomas del mundo, y hasta el idioma de los ángeles. Si no tengo amor, soy como un pedazo de metal ruidoso; ¡soy como una campana desafinada! Si no tengo amor, de nada me sirve hablar de parte de Dios y conocer sus planes secretos. De nada me sirve que mi confianza en Dios me haga mover montañas. Si no tengo amor, de nada me sirve darles a los pobres todo lo que tengo. De nada me sirve dedicarme en cuerpo y alma a ayudar a los demás. (1 Corintios 13:1-3 Traducción Lenguaje Actual).

Pero ante esto, surge una nueva incógnita: ¿de qué se trata este amor? ¿Acaso estamos hablando de un amor romántico (eros), familiar (storge) o amistoso (philia)? El amor escandaloso que vivió y predicó Jesús evidentemente suscitó en los escritores de los evangelios un interrogante similar. ¿Cómo nombrar ese amor que trasciende al amor por la familia, por la propia tribu y por aquellos con quienes nos sentimos cercanos y con quienes fácilmente nos identificamos? En ese afán, los escritores de los evangelios utilizaron el termino griego ágape, un modo de referirse al amor que en la literatura griega tenía un uso marginal. El Papa Benedicto XVI, en su encíclica *Deus Caritas Est* (Dios es amor) lo explica así: “Los antiguos griegos dieron el nombre de eros al amor entre hombre y mujer, que no nace del pensamiento o la voluntad, sino que en cierto sentido se impone al ser humano”. Digamos de antemano que el Antiguo Testamento griego usa sólo dos veces la palabra eros, mientras que el Nuevo Testamento nunca la emplea: de los tres términos griegos relativos al amor —eros, philia (amor de amistad) y ágape—, los escritos neotestamentarios prefieren este último, que en el lenguaje griego estaba dejado de lado. El amor de amistad (philia), a su vez, es aceptado y profundizado en el Evangelio de Juan para expresar la relación entre Jesús y sus discípulos. Este relegar la palabra eros, junto con la nueva concepción del amor que se expresa con la palabra aguapé, denota sin duda algo esencial en la novedad del cristianismo,

precisamente en su modo de entender el amor. El ágape de Jesús alude al amor por todos los seres humanos; al respeto inclusivo por la dignidad humana; nos desafía a que tratemos a todo ser humano con el mismo cuidado con el que queremos ser tratados. Como bien señala el filósofo cristiano Paul Ricoeur (2009), esa interpretación del amor ágape está sustentada en que el mandato bíblico de amar al prójimo está yuxtapuesto con la famosa Regla de Oro que Jesús mismo anuncia: "Haz a los demás todo lo que quieras que te hagan a ti. Esa es la esencia de todo lo que se enseña en la ley y en los profetas.» (Mateo 7:12 Nueva Traducción Viviente). El amor ágape requiere —del mismo modo que la aceptación positiva incondicional— que quien lo viva sea capaz de "amar lo no amable" como lo expresa el pensador inglés, C. S. Lewis (2001). Es decir, que pueda tener un acercamiento que no dependa de las preferencias.

A la luz de todo lo anterior, no puedo transmitir fielmente la sorpresa que representó para mí el hecho de encontrar que Rogers haya hecho la misma asociación entre la aceptación positiva incondicional y el ágape de Jesús de forma tan directa (Rogers, Stevens & colaboradores):

> Supongo que las posibilidades de desarrollo y cambio aumentan en razón directa a la experimentación, por parte del asesor, de una actitud cálida, positiva, benigna hacia lo que existe dentro del cliente. (…) En el asesor, implica el amor hacia el cliente tal cual es, pero tomando la palabra "amor" en un sentido equivalente al del término teológico ágape y no en sus usuales significados románticos y posesivos. (p. 96-97).

Por este motivo, no es de extrañar que Brian Thorne (2003), un abierto seguidor de Jesús quien a su vez fue colega y amigo de Rogers, haya tenido una experiencia similar:

> Cuando inicié mi entrenamiento como terapeuta centrado en la persona sentí como si me hubiese encontrado con una escuela de amor. El Dios con el que me había encontrado de niño en el parque Bristol y el Dios que conocí a través de las Revelaciones de Juliana [de Norwich], desplegaba precisamente las características que se me estimulaba a

> encarnar y a manifestar en mi trabajo como terapeuta. (…) Aún recuerdo el impacto que tuvo para mí el hecho de encontrarme con que en el contexto de un entrenamiento secular yo estaba siendo equipado para llevar a cabo habilidades divinas. En suma, estaba siendo entrenado para amar como Dios ama. (p. 17).

Resulta también notable otro punto de contacto dentro de esta esfera. Un aspecto central de la ética de Jesús tiene su base en una actitud humana de no juicio que responde a una lógica de igualdad: "No juzguen a nadie, para que nadie los juzgue a ustedes" (Mateo 7:1 Nueva Versión Internacional). Creo que este aspecto tiene una estrecha relación con un rasgo también fundamental de la aceptación positiva incondicional en donde el terapeuta renuncia a la tentación de juzgar el mundo interno del consultante desde su propio marco de referencia (Rogers & Kinget).

Por último, como sugiere Xavier Haudiquet Lamarque (2012), la "aceptación del otro se da a través de la aceptación de sí mismo". Este autor entiende que el desarrollo de la capacidad de aceptar a otros está vinculado con cómo nos relacionamos con nosotros mismos. Y tiene sentido: cuanto más podemos aceptar de nuestro propio mundo interno, más abiertos estaremos a aceptar los elementos del ajeno. Ahora, ¿de dónde aparece el amor hacia nosotros mismos? ¿Y qué tiene que ver esto con el mensaje de Jesús? Prácticamente todo. La novedad —el evangelio que Jesús anuncia— es que Dios ama al ser humano incondicionalmente a través de ese ágape. La oración de Jesús registrada en el Evangelio de Juan da cuenta de esto: "Les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno. Yo estoy en ellos, y tú estás en mí. Que gocen de una unidad tan perfecta que el mundo sepa que tú me enviaste y que los amas tanto como me amas a mí". (Juan 17:22-23). Desde esta perspectiva resulta fundamental que el gesto amoroso parta de Dios mismo, ya que sólo somos capaces de amarnos porque alguien nos ama o nos ha amado primero. La primera carta de Juan lo explicita con sencillez "Nosotros le amamos a él [Dios], porque él nos amó primero" (1 Juan 4:19). En esto radica algo del misterio del otro en nuestras vidas; de la interdependencia que tenemos con él o con ella; del efecto que tiene lo relacional

en nuestro propio proceso vital. Por esta razón, la autoayuda puede servirnos pero solo hasta un punto. Resulta mucho más corriente que nos necesitamos mutuamente. Necesitamos un otro —un prójimo, desde la lógica del evangelio— que nos mire y escuche con amor, que nos ayude a parir ese ser autentico que nos habita. Jesús invita a quienes queremos seguirlo a vivir de forma consistente con ese amor recibido, porque como él mismo afirmó:

> De esa manera, estarás actuando como verdadero hijo de tu Padre que está en el cielo. Pues él da la luz de su sol tanto a los malos como a los buenos y envía la lluvia sobre los justos y los injustos por igual. (Mateo 5:45 Nueva Traducción Viviente).

LA EMPATÍA Y LA COMPASIÓN

Como ya mencionamos, para Rogers la empatía es una de las condiciones necesarias y suficientes para el cambio de la personalidad (1957). Desde este enfoque, se entiende a la empatía como una actitud por la cual el terapeuta logra comprender la experiencia de la persona de forma integral, desde los significados que ésta le otorga y no desde su propio marco de referencia, al mismo tiempo que es capaz de comunicar esta comprensión (Rogers, 1967). A través de la empatía, cuando esta se logra en su máxima intensidad, el terapeuta se acerca emocionalmente a la experiencia de la persona como si fuese ella misma. Es capaz de sentir la preocupación como el otro la vivencia, con los significados que este le atribuye y en su contexto particular. Cuando el terapeuta conecta empáticamente no sabe nada acerca de la angustia, como si esta se tratara de un concepto genérico, sino que logra vivenciar cómo es esa angustia para esa persona, en ese contexto.

El diccionario de Counseling de Giusti (1995, citado en Bermejo, 2012) la define así:

> Actitud y habilidad de seguir, captar y comprender lo más plenamente posible la experiencia subjetiva del cliente, poniéndose en su mismo punto de vista. Comunicar al cliente que el counselor se siente

> experiencialmente a su lado y que está usando toda la propia sensibilidad para comprender lo que él siente o se esfuerza por expresar. No es, en cambio, la identificación con el cliente, ofrecerle simpatía, bloquear el proceso de comprensión de sí o presumir implícitamente que se sabe comprenderlo (falsa empatía). (p. 18).

Por su parte, la compasión bíblica —del griego splanjnízomai, que alude a un sentir desde las entrañas—, es una experiencia visceral que surge a punto de partida del encuentro con el padecimiento ajeno (Lucas 10:25-37). A través de la compasión, el dolor ya no es una experiencia individual sino que es compartida. Lejos del mero sentimiento de lástima, la compasión resulta ser, además, un motor para la acción. Bermejo (2012) lo entiende de manera similar: "Más intensa que la empatía, en principio, la compasión describe el entendimiento del estado emocional de otro, y es con frecuencia combinada con un deseo que se traduce en verdadero compromiso por aliviar o reducir su sufrimiento." (p. 58).

A través del ejercicio de la compasión cristiana, la fe se aleja de una religión apoyada en el deber y da paso a una religión sana que tiene asiento en lo humano, en algo que lejos de ser una imposición moral, brota —por el contrario— de lo profundo, de aquello que nos hermana con otros y otras. La compasión dice que ya no estamos solos, sino que compartimos el dolor; dice que ahora tu situación no me es ajena, que ahora somos dos frente a esto. El escritor inglés G. K. Chesterton (2007), con la elocuencia que lo caracterizaba, lo expresó así en su novela *El hombre que fue jueves*: "Digan en buena hora las matemáticas que cuatro es igual a dos por dos; pero no pretendan que dos es igual a dos por uno: dos es igual a uno multiplicado por dos mil." (p. 93).

"Lo que quiero es que sean compasivos, y no que ofrezcan sacrificios.", es una fórmula que Jesús repetía con insistencia al auditorio de su tiempo (Mateo 9:13 Dios Habla Hoy). Escandalizaba a sus oyentes —los jerarcas de la religión organizada— porque anteponía lo humano a lo ritual; daba continuamente prioridad al amor antes que a la ley. La compasión es, sin lugar a dudas, un aspecto central de su ética. En

esta actitud de la que habla y vive Jesús, sí hay una suerte de identificación, no es tanto un como si, como es entendida desde la perspectiva rogeriana. En la compasión, se comparte el dolor en un nivel más profundo y humano. No obstante, tengo la convicción de que Rogers ha logrado un método por el cual ejercitar la compasión. Desde mi punto de vista, en definitiva, la empatía y la compasión danzan juntas.

LA CONGRUENCIA Y LA AUTENTICIDAD DE JESÚS

Por último, veremos la relación entre la congruencia rogeriana y la autenticidad de Jesús. Aclaremos de qué se trata la primera. Hablamos de congruencia cuando hay coherencia entre lo que se experimenta internamente y lo que se percibe de esa experiencia. Si por el contrario, en la conciencia, en aquello que hemos simbolizado, no hay correspondencia con lo que el organismo humano experimenta en ese momento, estamos hablando de incongruencia. En palabras de Rogers (1961), ser congruente "significa que los sentimientos que el terapeuta experimenta resultan accesibles para él, es decir, para su propia percepción, y que, en caso necesario, es capaz de vivir estos sentimientos, serlos y comunicarlos". (p. 64).

Tengo que reconocer que muy probablemente ésta sea la asociación más laxa entre la ética de Jesús y la teoría rogeriana. Lo que sigue a continuación tiene un tono mucho más especulativo que los temas tratados anteriormente. Probablemente porque concibo esta asociación de forma más intuitiva que concreta y porque, en resumidas cuentas, como sugiere Brian Thorne (1998), la persona de Jesús tiene sorprendentes similitudes con el concepto rogeriano de persona en funcionamiento pleno: es decir, que presenta una mayor apertura a la experiencia, una tendencia al vivir existencial —con buen anclaje al momento presente—, y con una mayor confianza en el propio organismo (Rogers, 1961).

A propósito de esto, quiero hacer una breve digresión. Este supuesto de confianza básica en el propio organismo tiene claros antecedentes en el pensamiento cristiano, muy por el contrario, a lo que frecuentemente se enseña

desde algunas tradiciones cristianas de las cuales Rogers fue crítico. Voy a resaltar solo cuatro de estos antecedentes. El primero está fundado en el libro del Génesis, cuando en el relato edénico se afirma que luego de haber creado al ser humano a su imagen y semejanza, “Dios miró todo lo que había hecho, y consideró que era muy bueno.” (Génesis 1:31 Nueva Versión Internacional). En segundo lugar, el Eclesiastés —libro de sabiduría por excelencia en la tradición judeo-cristiana— en una de sus conclusiones temáticas dice lo siguiente: “Mira lo único que he averiguado: *Dios hizo al ser humano perfecto*, pero ellos se buscaron excesivas complicaciones.” (Eclesiastés 7:29 La Palabra versión hispanoamericana. La itálica es del autor). El tercer antecedente se remonta a los primeros siglos de nuestra era. San Agustín, en consonancia con lo previamente citado, lo expresó en sus propios términos. “Esse qua esse bonum est”: aquello que existe es intrínsecamente bueno por el mero hecho de existir. Por último, fue el filósofo existencialista Søren Kierkegaard (2008) quien dio un paso más. En La enfermedad mortal, una obra que casualmente captó la atención de Rogers, el pensador danés escribió: “El heroísmo cristiano, muy raro, por cierto, consiste en que uno se atreva a ser sí mismo, un hombre individual, este hombre concreto, solo delante de Dios, solo en la inmensidad de este esfuerzo y de esta responsabilidad”. (p. 25-26). Tengo pleno convencimiento de que desde la tradición judeo-cristiana hay numerosos argumentos para justificar una nobleza original —en contraposición al concepto de pecado original—, un fondo humano autentico, semejante a lo divino y digno de confianza, digno de ser recibido por nosotros mismos.

Desde esa lógica, Jesús, en su tránsito por este mundo, se mostró alejado de los dogmatismos y de la primacía de la ley; por el contrario, se inclinó hacia la vida, hacia lo cotidiano. Sus reflexiones partían de las experiencias comunes de todos los días, de las necesidades humanas más elementales. Resulta llamativo un pasaje de los Evangelios en donde Jesús pareciera decir algo casi anacrónico: “El que está dispuesto a hacer la voluntad del que me ha enviado, *podrá comprobar* si lo que yo enseño es cosa de Dios o si hablo por cuenta propia.” (Juan 7:17 La Palabra versión española. La itálica es del autor). En otras palabras, Jesús invita a

que algo sea vivenciado y no simplemente creído como dogma; desafía a sus interlocutores a una experiencia personal, a que la espiritualidad sea autentica, integral y no un mero conjunto de doctrinas a sostener ciegamente (Juan 7:17). Estoy convencido de que el Nazareno supo vivir su vida plenamente congruente. En sus numerosas interacciones con hombres y mujeres, se lo puede ver sintiendo en libertad una gama de emociones y sensaciones muy ricas: los Evangelios lo describen buscando la soledad en oración (Lucas 5:16), pero también compartiendo una cena con amigos en donde no faltaba el vino (Lucas 22:14-20); por momentos es capaz de mostrarse abiertamente triste (Juan 11:33-35), angustiado (Juan 12:27), enojado (Juan 2:13-16), irritado o frustrado (Mateo 8:23-26); en ocasiones se muestra francamente irónico (Juan 8:1-7) y otras veces, incluso, pareciera algo bromista. ¿No se trata esto justamente de plena congruencia, de un vínculo confiado y abierto hacia sí mismo?

CONCLUSIONES

En mi opinión, la centralidad del amor en el mensaje de Jesús es indiscutida. Lamentablemente, resulta evidente que esta obviedad no ha calado lo suficientemente hondo en nuestra tradición cristiana. Del mismo modo, puede hablarse de la compasión, una virtud estrechamente relacionada con el amor, que no suele recibir la atención que merece. A grandes rasgos —y lo digo con profundo pesar—, el cristianismo continúa girando alrededor de dogmas fijos y practicas superficiales.

Estoy convencido de que quienes adherimos a la fe cristiana necesitamos volver a ese aspecto central frecuentemente pasado por alto. Al mismo tiempo, resulta urgente que en esa reflexión podamos tener una mirada más pragmática sobre el amor cristiano y así evitar que éste quede congelado en un simple concepto teológico doctrinal. Desde mi punto de vista, Rogers, a través de sus hallazgos, ha logrado un método eminentemente práctico por medio del cual puede ejercerse el amor ágape. Su mérito es que ha sabido articular los aspectos fundamentales de éste, y de este modo otorgarles cierto grado de sistematización, sin que por ello se

pierda su frescura y el sentido de realidad siempre variable. Esto es importante porque el amor del que habla Jesús no puede ser un mero sentimiento, sino un acto concreto, un hacer.

Al mismo tiempo, en algún punto estas coincidencias no deberían sorprendernos. Como escribió el teólogo católico Hans Küng (1977), “nadie más que los humanistas poco serios discutirá el hecho de que el humanismo moderno poscristiano, aparte de otras fuentes, y en especial los griegos y la Ilustración, debe muchísimo al cristianismo, cuyos valores humanos, normas e interpretaciones han sido muchas veces recibidos y asimilados más o menos tácitamente, sin ser ello reconocido siempre como es debido.” (p. 12). Küng da un paso más y sostiene categóricamente que el cristianismo es, en definitiva, un humanismo realmente radical.

Rogers (1968), en un dialogo con el teólogo y filósofo existencialista Paul Tillich dijo lo siguiente:

> Ciertamente, en mi propia experiencia, la potencia de la aceptación hacia otra persona ha sido demostrada una y otra vez cada vez que un individuo siente que es totalmente aceptado en todo lo que es capaz de expresar al mismo tiempo que es valorado como persona. Esto tiene una gran influencia en su vida y en su comportamiento.

La respuesta de Tillich fue contundente: “Sí, creo que eso es realmente el centro de lo que nosotros llamamos 'buenas noticias' [evangelio] en el mensaje cristiano.”

En medio la carrera vertiginosa que hemos emprendido los seres humanos con el afán de desarrollarnos, hemos perdido de vista la presencia de nuestros semejantes que también buscan crecer. En pos de nuestro propio desarrollo, nos volvimos competitivos y dejamos de lado la cooperación; sin embargo, esto no fue sin costo: hay una angustia colectiva que es señal de que solo podemos tener una humanidad constructiva si nos abrimos a compartir, al dialogo y al entendimiento mutuo. Si el cristianismo no logra mantener una línea de dialogo abierta con las ideas de su tiempo, corre el riesgo de convertirse en un simple conjunto de ideas y creencias alejadas de su contexto. Esto atentaría de forma directa con el espíritu del mensaje de Jesús. Tengo la ilusión de que este breve artículo sirva de estímulo

para seguir profundizando en los puntos de encuentro antes mencionados y sea auténticamente posible un enriquecimiento mutuo.

REFERENCIAS

Benedicto XVI. (2005). Carta encíclica Deus caritas est.

Bermejo, J. (2012). Empatía terapéutica: la compasión del sanador herido. Desclée de Brouwer.

Chesterton, G. (2007). El hombre que fue Jueves. Gradifco.

Haudiquet-Lamarque, X. (2012). La consideración positiva incondicional: ¿Cómo ponerla en práctica?. Revista Figura y Fondo. 31, 115-124

Kierkegaard, S. (2008). La enfermedad mortal. Trotta.

Küng, H. (1977). Ser cristiano. Ediciones Cristiandad.

Paul Tillich & Carl Rogers (1968). A dialogue. Pastoral Psychology. 19(2), 55-64

Ricoeur, P. (2009). Amor y justicia. Siglo XXI.

Rogers, C & Kinget, M. (1962). Psicoterapia y relaciones humanas: teoría y práctica de la terapia no directiva. Alfaguara.

Rogers, C & Stevens, B. (1967). Persona a persona: el problema del ser humano. Amorrortu Editores.

Rogers, C. (1961). El proceso de convertirse en persona. Paidos.

Thorne, B. (1998). Person-centred Counselling and Christian Spirituality: The Secular and the Holy. Whurr Publishers London.

Thorne, B. (2003). Infinitely beloved: the challenge of divine intimacy. Darton, Longman and Todd Ltd.